

ventud con la que simpatizo con todas las veras de mi alma, y á la cual deseo, como á mi patria, honra, gloria y libertad.

»Como está lejos de mí la idea de arrojar á la Francia semillas de discordia, he procurado no hablar á las pasiones. Si estuviese intimamente convencido de que conviene á la tranquilidad de treinta millones de hombres el que ese niño viva en modesto y oscuro rango, miraría como un crimen todo lo que tendiese á contrarestar esa necesidad del tiempo; pero no tengo semejante convicción. Si tuviese derecho para disponer de una corona, la pondría con mucho gusto á los pies del duque de Orleans; mas ahora, lo único que veo vacante, no es el trono, sino una tumba en San Dionisio.

»Sea la que quiera la suerte que experimente el lugarteniente general del reino, yo jamás seré su enemigo si hace la felicidad de mi patria. No pido mas sino que se me deje mi libertad de conciencia y el derecho de ir á morir donde encuentre independencia y tranquilidad.

»Voto contra el proyecto de declaracion.»

Comencé mi discurso con mucha calma: pero despues fue conmoviéndome, y cuando llegué á decir como otra *Cassandra*; he cansado inútilmente al trono y á la patria con mis avisos, que todos han desdenado, se entorpeció mi lengua, y vime precisado á limpiarme las lágrimas de cariño y amargura que de mis ojos corrian. Luego me hallaba verdaderamente indignado cuando añadía: *El renegado os llama, valientes libelistas; venid á tartamudear conmigo una palabra, una siquiera, en favor de vuestro malhadado amo, que os colmó de bienes, y cuya ruina habeis causado.* Y miraba entonces á las personas á quienes iban dirigidas estas palabras.

Durante mi discurso algunos pares estaban avergonzados, y se ocultaban en el sillón hasta el punto de que no los veía por detrás de los que delante de ellos permanecían inmóviles. Tuvo algun eco este discurso; y aunque en él atacé á todos los partidos, todos, sin embargo, callaron, quizás porque á tan incontestables verdades siguió un grande sacrificio. Bajé de la tribuna; salí de la sala, y me despojé en el vestuario de mi uniforme de par, de mi espada y de mi sombrero de pluma, al cual quité la escarapela blanca, que puse en el ojal del pecho de la levita negra que vestía. Llevóse mi criado los despojos de la dignidad de par, y sacudiendo el polvo de los pies, abandoné, para no entrar jamás en él, el palacio de las traiciones.

Del 10 al 12 de agosto acabé de despojarme de esta dignidad enviando mi dimision.

«Paris 10 de agosto de 1830.

»Señor presidente de la cámara de los Pares:

»Como me es imposible prestar juramento de fidelidad á Luis Felipe, como rey de los franceses, me encuentro incapacitado legalmente de asistir á las sesiones de la cámara Hereditaria. A la bondad de Luis XVIII y á la munificencia real debo una pensión de doce mil francos, que se me concedió para sostener con decoro é independencia la dignidad de par que se me confirió. No pudiendo ejercerla, no debo seguir aprovechándome del obsequio que en su virtud se me concedió, y tengo, por consiguiente, el honor de poner á vuestra disposición dicha pensión.»

«Paris 12 de agosto de 1830.

»Señor ministro de Hacienda:

»Debo á la bondad de Luis XVIII y munificencia nacional una pensión de doce mil francos, inscrita en

el gran libro de la deuda, y trasmisible solo á mi primer heredero en sucesion directa. No pudiendo prestar juramento al duque de Orleans como rey de los franceses, sería injusto el que continuase disfrutando una pensión afecta á una dignidad que ya no ejerzo. Póngola por ello en vuestras manos, debiendo haber cesado de correr para mí desde el 10 de agosto en que hice esta misma manifestacion al presidente de la cámara de los Pares.

» Con la mas alta consideracion, etc.»

«Paris 12 de agosto de 1830.

»Señor refrendario mayor:

»Tengo el honor de remitiros copia de las dos cartas que he dirigido al presidente de la cámara de los Pares y al ministro de Hacienda. Vereis en ellas que he renunciado mi pensión, por lo que no me corresponde percibirla mas que hasta el 10 de agosto, en que me negué al juramento.

»Tengo la honra, etc.»

«Paris 12 de agosto de 1830.

»Señor ministro de Justicia:

»Tengo el honor de remitiros mi dimision de ministro de Estado.

»Soy con la mayor consideracion, señor ministro de Justicia, vuestro humilde y obediente servidor.»

Encontréme, pues, desnudo como un San Juanito; pero hacia tiempo que estaba acostumbrado á alifanarme de miel silvestre, y no temía que la hija de Herioidades deseara mi cabeza gris.

Mis bordados, fajas y charreteras, que vendí á un judío, produjéronme setecientos francos, producto líquido de toda mi grandeza.

CARLOS X SE EMBARCA EN CHERBURGO.

¿Qué había sido entre tanto de Carlos X? Caminaba hacia su destierro, acompañado de sus guardias de corps, vigilado por tres comisarios, atravesando la Francia sin excitar siquiera la curiosidad de los campesinos que surcaban la tierra á orillas del camino real. En dos ó tres ciudades pequeñas hubo movimientos hostiles; en otras los hombres y las mujeres dieron muestras de compasion. Conviene acordarse que no hizo mas ruido Bonaparte al dirigirse de Fontainebleau á Tolon; que no se conmovió mas la Francia de lo que se conmovía ahora, y que el héroe de tantas batallas estuvo á punto de ser asesinado en Orgon. En este país cansado de todo, los mayores acontecimientos no son mas que dramas representados para diversion nuestra; dramas que ocupan al espectador mientras está levantado el telon, y que, cuando ha caido, no dejan mas que un vago recuerdo. Muchas veces Carlos X y su familia se detenían en muchas posadas para tomar algun alimento en el extremo de una sucia mesa en que habían comido unos carreteros. Enrique V y su hermana se divertían en el patio con los pollos y los pichones de la posada. Yo lo había dicho; la monarquía se iba, y algunos se asomaban á la ventana para verla pasar.

En estos momentos el cielo se complació en insultar al partido vencedor y al partido vencido. Mientras se sostenía que las ordenanzas habían indignado á la Francia entera, llegaron al rey Felipe exposiciones de las provincias dirigidas al rey Carlos X felicitándole por las saludables medidas que había adoptado, y que salvaban á la monarquía. El bey de Tittery, por su parte, dirigía al monarca destituido, que caminaba hacia Cherburgo, la sumision siguiente:

«En el nombre de Dios, etc. etc.: Yo reconozco por señor y soberano absoluto al gran Carlos X, el victorioso, y le pagaré el tributo, etc.» Es imposible

So, le he obligado á retirarse ante mi oposicion. Todo esto se halla probado por lo que dejo escrito.

El gran acontecimiento de mi carrera política es la guerra de España. Ella fue para mí, en esta carrera, lo que había sido *El Genio del cristianismo* en mi carrera literaria. El destino me eligió para encargarme de la poderosa aventura que, bajo la restauracion, habría podido regularizar la marcha del mundo hacia el porvenir. Ella me arrebató á mis sueños, y me transformó en director de grandes hechos. En la mesa de juego á que me hizo sentar, colocó frente de mí los dos primeros ministros de la época, el príncipe de Metternich y Mr. Canning, y yo les gané la partida. Todos los hombres grandes que había entonces en los gabinetes de Europa convinieron en que habían hallado en mí un hombre de Estado (1). Bonaparte lo había previsto antes que ellos á pesar de mis libros. Yo podría creer, pues, sin vanagloria que he valido tanto, hombre político, como escritor; pero yo no doy ningun valor á la fama de los negocios, y por eso me he permitido hablar de ello.

Si cuando la empresa peninsular yo no hubiese sido echado á un lado por hombres ciegos, el curso de nuestros destinos habría cambiado; la Francia hubierá recobrado sus fronteras; el equilibrio de Europa se habría restablecido; la restauracion, llena de gloria, habría podido vivir aun largo tiempo, y la historia dar alguna importancia á mi trabajo diplomático. Entre mis dos vidas, no hay mas diferencia que la del resultado. Mi carrera literaria ha llegado á un completo término; ha dado de sí todo lo que podía dar, porque no dependía de nadie mas que de mí solo. Mi carrera política ha sido cortada súbitamente en medio de sus triunfos, porque ha dependido de los demás.

Sin embargo, yo lo reconozco; mi política no era aplicable mas que á la restauracion. Si se opera una transformacion en los principios, en las sociedades y los hombres, lo que era bueno ayer es hoy perecedero y caduco. En cuanto á la España, habiendo cesado las relaciones de las familias reales por la abdicacion de la ley sálica, no se trata ya de crear al otro lado de los Pirineos fronteras impenetrables; es necesario aceptar el campo de batalla que el Austria y la Inglaterra puedan abrirnos allí algun día; es menester aceptar las cosas en el estado en que se hallan; abandonar, á nuestro pesar, una conducta firme, pero razonable, cuyos beneficios eran ciertos, aunque distantes. Tengo la conciencia de haber servido á la legitimidad como debía ser servida. Yo veía el porvenir tan claro como lo veo ahora; solo que yo quería llegar á él por un camino menos peligroso, á fin de que la legitimidad, útil para nuestra enseñanza constitucional, no tropezase en una carrera precipitada. Ahora no son realizables mis proyectos: la Rusia va á volverse hacia otra parte. Si yo fuese hoy á la península, cuyo espíritu ha tenido tiempo de cambiar, sería con otras ideas. Yo no pensaría ya en las relaciones con los reyes, sino que me ocuparía solo de la alianza de los pueblos, á pesar de ser recelosa, apasionada, incierta y versátil. Yo diría á la Francia: «Habeis dejado el camino trillado por el sendero de los principios: pues bien, explorad sus maravillas y sus peligros. Las innovaciones, las empresas, los descubrimientos para nosotros: venid, y que nos favorezcan las armas si es necesario. ¿Dónde hay algo nuevo? ¿En Oriente? Marchemos á él. ¿Dónde son necesarios nuestro valor y nuestra inteligencia? Corramos á ese lado. Pongámonos á la cabeza del gran levantamiento del género

(1) Ved las cartas y despachos de las diversas córtes en el *Congreso de Verona*; consultad tambien la *Embajada de Roma*.

humano; no dejemos que nos adelante nadie, y que el nombre francés vaya al frente de los demás en esta cruzada, como sucedió en otro tiempo en la del sepulcro de Cristo.—«Si; si yo fuese admitido en los consejos de mi patria, yo trataría de serle útil en los peligrosos principios que ha adoptado, impulsarla en la senda del progreso: contenerla hoy en ella, sería condenarla á una muerte innoble. Yo no me contentaría con discursos: juntando las obras á la fe, prepararía soldados y millones, construiría buques, como Noé en la prevision del diluvio, y si me preguntasen por qué, respondería:—«Porque tal es la voluntad de la Francia.» Mis despachos advertirían á los gabinetes de la Europa que no se había de tocar á nada en el globo sin nuestra intervencion, y que si se distribuyen los pedazos del mundo, nos toca á nosotros la parte del leon. Dejaríamos de pedir humildemente á nuestros vecinos permiso para existir; el corazon de la Francia latiría libremente sin que ninguna mano fuese osada á tocar este corazon para contar sus latidos; y pues que buscamos nuevos soles, yo me precipitaria al encuentro de su esplendor sin esperar la salida natural de de la aurora.

¡Haga el cielo que los intereses industriales, en que debemos un nuevo género de prosperidad, no engañen á nadie; que sean tan fecundos, tan civilizadores como los intereses morales de que salió la antigua sociedad! El tiempo nos enseñará si no son un sueño infecundo de las inteligencias ilimitadas, que no tienen la facultad de salir del mundo material.

Aunque mi papel haya acabado con la legitimidad, mis votos son siempre la felicidad de la Francia, cualesquiera que sean los poderes á que su imprevisor capricho la haga obedecer. Por lo que á mí hace nada pido; solo querría no sobrevivir mucho á las ruinas que se amontonan á mis pies. Pero los años son como los Alpes; apenas se han atravesado los primeros, se ve levantarse otros. ¡Ay! Las postreras y mas elevadas montañas estan deshabitadas, áridas y blanquecinas.

ENFERMERÍA DE MARIA TERESA.

Paris, octubre de 1830.

Al salir del estrépito de las tres jornadas, me sorprende abrir en profunda calma la cuarta parte de esta obra: se me figura que he doblado el cabo de las Tempestades, y penetrado en una region de paz y de silencio. Si hubiese muerto el 7 de agosto de este año, las últimas palabras de mi discurso en la cámara de los Pares habrían sido las últimas líneas de mi historia: mi catástrofe, siendo la misma de un pasado de doce siglos, habría engrandecido mi memoria. Mi drama hubiera terminado magníficamente.

Pero no quedé en el sitio, no fui arrojado á tierra. Pedro del Estoile escribía esta página de su diario al día siguiente del asesinato de Enrique IV.

«Y aquí termino con la vida de mi rey (Enrique IV) el segundo registro de mis pasatiempos melancólicos y de mis vanas y curiosas investigaciones, tanto públicas como privadas, interrumpidas frecuentemente hace un mes por las vigias de las tristes y penosas noches que he sufrido, aun esta última, por la muerte de mi rey.

»Habíame propuesto cerrar mis efemérides con este registro, pero tantas ocurrencias nuevas y curiosas han sucedido con esta insigne mutacion, que paso á otro, el cual continuará hasta donde plazca á Dios, y sospecho que no será muy largo.»

Estoile vió morir al primer Borbon: yo acabo de ver caer al último; ¿no debería cerrar aquí el registro de mis pasatiempos melancólicos y de mis vanas y curio-

sas investigaciones? Tal vez; pero tantas ocurrencias nuevas y curiosas han sucedido con esta insigne mutación, que paso á otro registro.

Yo lamento, como Estoile, las adversidades de la raza de San Luis; sin embargo, me veo precisado á confesar que á mi dolor va unida una especie de contento interior, que, por mas que me lo echo en cara, no lo puedo apartar: ese contento es el del esclavo libre de sus cadenas. Cuando abandoné la carrera de soldado y de viajero, sentí tristeza: ahora experimento alegría: presidiario libre de las galeras del mundo y de la corte. Fiel á mis principios y á mis juramentos, no he hecho traición ni á la libertad ni al rey: no me llevo riquezas ni honores, y marchó tan pobre como vine. Feliz por terminar una carrera política que me era odiosa, vuelvo con amor al reposo.

¡Bendita seas, oh nativa y querida independencia mia, alma de vida! Ven y tráeme mis *Memorias*, ese *alter ego* de que eres la confidente, el ídolo, la musa. Las horas de ocio son propias para las narraciones: naufrago, continuaré refiriendo mi naufragio á los pescadores de la ribera. Volviendo á mis instintos primitivos, me hago libre y viajero, y termino mi carrera del mismo modo que la principié. El círculo de mis días, que se cierra, me conduce al punto de partida. El camino que yo recorrí en otro tiempo como bisono indolente, voy á emprenderlo de nuevo como veterano experimentado, con mi licencia en el chaco, y la mochila llena de años sobre la espalda. ¿Quién sabe? Quizás halle de jornada en jornada las ilusiones de mi juventud. Llamaré muchos ensueños en mi ayuda para defenderme contra esa horda de verdades que se engendran en los ancianos días como se ocultan dragones en las ruinas. De mí dependerá únicamente el andar los dos extremos de mi existencia, el confundir épocas lejanas entre sí, el mezclar ilusiones de diferentes edades, puesto que al príncipe á quien encontré desterrado, al salir de mi hogar paterno, le vuelvo á hallar expatriado al volver á mi última morada.

PROCESO DE LOS MINISTROS.—SAINT-GERMAIN L'AUXEROIS.—SAQUEO DEL ARZOBISPADO.

París, abril de 1851.

En el mes de octubre del año pasado tracé rápidamente la corta introducción de esta parte de mis *Memorias*; pero no pude continuar este trabajo, porque tenía otro entre manos: tratábase de la obra que terminaba la edición de mis *Obras completas*. Hasta en este trabajo fui interrumpido primero por el proceso de los ministros, y despues por el saqueo de Saint-Germain l'Auxerrois.

El proceso de los ministros y la conmoción de París no me impresionaron gran cosa: despues del proceso de Luis XVI y las insurrecciones revolucionarias, todo es pequeño en punto á juicios é insurrecciones. Los ministros, al venir de Vincennes á su prisión del Luxemburgo y al volver á Vincennes, mientras se pronunciaba su sentencia, se encaminaron por la calle del Infierno. Desde el interior de mi retiro oí el ruido de su carruaje. ¡Cuántos sucesos han pasado delante de mi puerta! Los defensores de aquellos hombres quedaron muy inferiores á su trabajo. Nadie tomó la cosa de bastante arriba, y el abogado dominó demasiado en aquellos alegatos. Si mi amigo el príncipe de Polignac me hubiera elegido por defensor suyo, ¡qué miradas habria lanzado á aquellos perjuros erigiéndose en jueces de un perjurio! Qué, les habria dicho; ¿sois vosotros los que osais constituir en jueces de mi cliente? ¿Sois vosotros los que, manchados con vuestros juramentos, os atreveis á hacerle un crimen por haber perdido á

su amo creyendo servirle, vosotros, los provocadores; vosotros, que le impulsabais á dar las ordenanzas? Trocad de sitio con el que pretendéis juzgar: de acusado se convierte en acusador. Si hemos merecido ser castigados, no es por vosotros, si somos culpables, no es con vosotros, sino con el pueblo; este nos aguarda en el patio de vuestro palacio, y vamos á llevarle nuestra cabeza.

Despues del proceso de los ministros, vino el escándalo de Saint-Germain l'Auxerrois. Los realistas, llenos de excelentes cualidades, pero á veces necios, y con mas frecuencia tercos, sin calcular jamás las consecuencias de su proceder, y creyendo siempre que restablecerian la legitimidad llevando la corbata de cierto color ó una flor en el pecho, han sido causa de escenas deplorables. Era evidente que el partido revolucionario se aprovecharia de los funerales con ocasión de la muerte del duque de Berry para meter ruido: los legitimistas no eran bastante fuertes para oponerse á ello, y el gobierno no estaba suficientemente establecido para mantener el orden: así sucedió que la iglesia fue saqueada. Un boticario volterriano y progresista triunfó intrépidamente de un campañero del año de 1300 y de una cruz ya desquiciada por otros bárbaros á fines del siglo IX.

Como consecuencia de las grandes hazañas de aquella farmacia ilustrada, vinieron la devastación del arzobispado, la profanación de las cosas santas, y la reproducción de las procesiones de Lyon. Falta-ban el verdugo y las víctimas; pero habia multitud de payasos, máscaras y otras locuras de carnaval. La comitiva, burléscamente sacrilega, caminaba por un lado del Sena, mientras que por el otro desfilaba la guardia nacional, que aparentaba acudir en ayuda. El río separaba el orden y la anarquía. Asegúrase que un hombre de talento estaba allí como curioso espectador, y que al ver flotar en el Sena las casullas y los libros, decía:—«¡Lástima que no hayan arrojado también al arzobispo!» Frase profunda, porque, en efecto, un arzobispo ahogándose debe ser un espectáculo muy divertido: ¡haría dar tan gran paso á la libertad y á las luces! Nosotros, viejos testigos de añejos hechos, nos vemos obligados á decirnos que no hay en todo eso mas que copias pálidas y miserables. Teneis todavía el instinto revolucionario, pero no su energía: no podeis ser ya criminales sino en imaginación: querriais hacer el mal, pero os falta valor en el corazón y fuerza en el brazo: veriais sacrificar, pero no os pondriais á hacerlo. Si queréis que la revolución de julio sea grande y permanente, haced que Mr. Cadet de Gassicourt no sea su héroe verdadero y *Mayeux* el personaje ideal.

MI FOLLETO SOBRE LA RESTAURACION Y LA MONARQUÍA ELECTIVA.

París, á fines de marzo de 1851.

Estaba trascordado cuando al salir de las jornadas de julio creí entrar en una región de paz. La caída de tres soberanos me habia obligado á explicarme en la cámara de los Pares. La proscripción de estos reyes no me permitia permanecer mudo. Por otra parte, los diarios de Felipe me preguntaban por qué me negaba á servir á una revolución que consagraba principios que yo habia defendido y propagado. Preciso me fue tomar la palabra por las verdades generales y para explicar mi conducta personal. Un pasaje de mi folleto, que se perderá (*De la restauración y de la monarquía electiva*), continuará la cadena de mi narración y la de la historia de mi tiempo:

«Despojado de lo presente, y no teniendo mas que un porvenir incierto mas allá de mi tumba, me importa que mi memoria no quede grabada con mi silencio.

burlarse mas irónicamente de la una como de la otra suerte. Las revoluciones se fabrican hoy á máquina, y se hacen tan pronto, que un monarca, rey aun en la frontera, no es ya mas que un proscrito en la capital.

En esta indiferencia del país hacia Carlos X hay algo mas que cansancio: es preciso reconocer el progreso de las ideas democráticas, y de la extensión y asimilación de las clases. En una época anterior, la caída de un rey de Francia hubiera sido un acontecimiento enorme: el tiempo ha hecho descender al monarca de la altura á que se hallaba colocado; le ha acercado á nosotros; ha disminuido el espacio que le separaba de las clases populares. Si sorprendia poco ó nada el encontrar al hijo de San Luis en la vía pública como todo el mundo, no era por un espíritu de odio ó de sistema, era simplemente por ese sentimiento de nivelación social que ha penetrado en los ánimos y que obra en las masas sin que se aperciban de ello.

¡Maldito sea, Cherburgo, tu siniestro mar! Cerca de Cherburgo fue donde el viento de la cólera echó á Eduardo III para asolar nuestro país; no lejos de Cherburgo el viento de una victoria enemiga destruyó la flota de Tourville; el viento de una prosperidad engañosa echó á Luis XVI de Cherburgo al cadalso; el viento de Cherburgo ha llevado á yo no sé qué playas á nuestros últimos príncipes. Las costas de la Gran-Bretaña, que abordó Guillermo el Conquistador, han visto desembarcar á Carlos X, sin pendón y sin lanza, y este ha ido á hallar de nuevo en Holy-Rood los recuerdos de su juventud colgados á las murallas del palacio de los Estuardos, como viejos grabados amarilleados por el tiempo.

LO QUE SERÁ LA REVOLUCION DE JULIO.

He pintado los tres días á medida que han pasado ante mí; cierto color de coetaneidad, verdadero en el momento que pasa, falso despues que el momento ha pasado, se extiende sobre el cuadro. No hay revolución, por prodigiosa que sea, que descrita de momento en momento, no llegue á quedar reducida á las mas pequeñas proporciones. Los acontecimientos salen del seno de las cosas, como los hombres del seno de sus madres, acompañados de las debilidades de la naturaleza. Las miserias y las grandezas son hermanas gemelas; nacen juntas; pero cuando los alumbramientos son vigorosos, las miserias mueren á cierta época, y solo las grandezas son las que viven. Para juzgar imparcialmente de la verdad que debe subsistir, es preciso, pues, colocarse bajo el punto de vista desde el cual contemplará la posteridad el hecho consumado.

Pero separando las miserias de carácter y de acción de que yo habia sido testigo, no tomando mas que lo que subsiste de las jornadas de julio, con justicia he dicho en la cámara de los Pares:—«Habiéndose armado este pueblo de su inteligencia y de su valor, se ha visto que estos *mercachifles* respiraban con bastante facilidad el olor de la pólvora, y que se necesitaban mas de cuatro soldados y un cabo para sujetarlos. Un siglo no habia madurado tanto los destinos de un pueblo como los tres últimos soles que acaban de brillar sobre la Francia.»

En efecto, el pueblo, propiamente dicho, ha sido valiente y generoso en la jornada del 25. La guardia, que habia perdido trescientos hombres entre heridos y muertos, hizo completa justicia á las clases pobres, únicas que se batieron en esta jornada, y entre las cuales se mezclaron algunos malvados, pero que no han podido deshonrarlas. Los discípulos de la escuela política, que salieron demasiado tarde el 28 á tomar parte en la querrela, fueron puestos por el pueblo á su cabeza el 29 con una sencillez y naturalidad admirables.

Algunos campeones que no se habian hallado en las luchas del pueblo en los primeros días, vinieron á reunirse á él el 29 cuando habia pasado el mayor peligro; y otros no lo hicieron hasta el 30 y 31, despues de ganada la victoria.

Lo mismo, con corta diferencia, sucedió por parte de la tropa, de la cual solo se batieron los soldados y los oficiales; el estado mayor, que habia hecho ya deserción á Bonaparte en Fontainebleau, se mantuvo muy tranquilo en las alturas de Saint-Cloud, observando hacia qué lado llevaba el viento el humo de la pólvora. Al levantarse Carlos X se le hacia la corte; al acostarse no habia ya nadie á su lado.

La moderación de las clases inferiores igualó á su valor; de la confusión salió de pronto el ordeu. Es necesario haber visto á obreros medio desnudos colocados de facción á la puerta de los jardines públicos, observar su consigna con otros obreros haraposos impidiéndoles entrar en ellas, para comprender el sentimiento del deber que se habia apoderado de los hombres que dominaban á París. Ellos habrian podido hacerse pagar el precio de su sangre y dejarse tentar por su miseria. No se vió, como en el 10 de agosto de 1792, asesinar á un soldado ni á un suizo fugitivo. Todas las opiniones fueron respetadas, y fuera de algun hecho aislado, jamás se abusó menos de la victoria. Los vencedores llevaban á los heridos de la guardia por en medio de los grupos, gritando *¡Respeto á los valientes!* Si el soldado acababa de espirar, decían: *Paz para los muertos*. Los quince años de la restauración, bajo un gobierno constitucional, habian hecho nacer entre nosotros ese espíritu de humanidad, de legalidad y de justicia que no habian podido producir veinte y cinco años de espíritu revolucionario y guerrero. El derecho de la fuerza, introducido en nuestras costumbres, parecia haber llegado á ser el derecho comun.

Las consecuencias de la revolución de julio serán memorables. Esta revolución ha pronunciado una sentencia contra los tronos; los reyes no podrán reinar hoy sin el apoyo de las bayonetas, medio seguro por un momento, pero poco duradero; la época de los genizaros ha pasado.

Thucídides y Tácito no nos contarían bien los acontecimientos de los tres días; seria necesario que nos los explicase como un hecho providencial Bossuet, genio que lo veia todo, pero sin traspasar los límites fijados á su razón y á su esplendor, como el sol que gira entre dos ejes brillantes, y que los orientales llaman el *esclavo de Dios*.

No busquemos tan cerca de nosotros la causa de un movimiento que se halla muy lejos; la medianía de los hombres, los necios terrores, la confusión inexplicable, los odios, las ambiciones, la presunción de los unos, la preocupación de los otros, las conspiraciones secretas, las ventas, las medidas bien ó mal tomadas, el valor ó la pusilanimidad, todas estas cosas son los accidentes, no las causas del acontecimiento. Cuando se dice que no se queria á los Borbones, que se habian hecho odiosos porque se les suponía impuestos á la Francia por los extranjeros, este altivo desden no explica nada suficientemente.

El movimiento de julio no pertenece á la política propiamente dicha: pertenece á la revolución social que se está obrando. Por el encadenamiento de esta revolución general, el 28 de julio de 1830 no es mas que una consecuencia forzosa del 21 de enero de 1793. El trabajo de nuestras primeras asambleas deliberantes habia sido suspendido y quedado sin acabar. En el curso de veinte años los franceses se habian acostumbrado, lo mismo que los ingleses del tiempo de Cromwell, á ser gobernados por otros amos que no eran sus antiguos soberanos. La caída de Carlos X es una consecuencia de la decapitación de Luis XVI, como el destronamiento de Jacobo II es una consecuen-

cia del asesinato de Carlos I. La revolucion pareció extinguirse en la gloria de Bonaparte y en las libertades de Luis XVIII; pero no se había destruido su germen: depositado en el fondo de nuestras costumbres, se ha desarrollado cuando le han prestado calor las faltas de la restauracion, y ha brotado muy pronto.

En el cambio anti-monárquico que se acaba de ejecutar descúbrese la mano de la Providencia. Que los espíritus superficiales no vean en la revolucion de los tres dias mas que una calavera, es muy natural; pero los hombres reflexivos saben que se ha dado un paso enorme: el principio de la soberanía del pueblo ha sustituido al principio de la soberanía real; la monarquía hereditaria se ha convertido en monarquía electiva. El 21 de enero había hecho saber que se podía disponer de la cabeza de un rey; el 29 de julio ha demostrado que se puede disponer tambien de una corona. Y toda verdad que se descubre, buena ó mala, queda fija en el espíritu del pueblo. Un cambio deja de ser inaudito, extraordinario, y no se presenta ya al espíritu y á la conciencia como impío cuando es el resultado de una idea popular. Los franceses ejercitaron primero colectivamente la soberanía, en seguida la delegaron en algunos gefes, despues la confiaron á uno solo, y, por último, este gefe la usurpó en provecho de su familia. Ahora se retrocede del reinado hereditario al reinado electivo; de la monarquía electiva se irá á parar á la república. Tal es la historia de la sociedad: estos son los grados porque sale el gobierno del pueblo y vuelve á entrar en él.

No pensamos, pues, que la obra de julio es la superlativa de un día, no nos figuremos que la legitimidad va á venir á restablecer *incontinenti* la sucesion por derecho de primogenitura; no vayamos á persuadirnos de que julio acabará de muerte natural. Sin duda que la rama de Orleans no echará raíces: no se ha derramado tanta sangre, sufrídose tanta calamidad, malogróse tanto genio durante medio siglo para este mezquino resultado. Pero si julio no ocasiona la destruccion final de la Francia con el aniquilamiento de todas las libertades, julio producirá su fruto natural: este fruto es la democracia. El será quizá amargo y sangriento; pero la monarquía es una zarza extraña que no se enredará en el árbol republicano.

Así, no hay que confundir el rey improvisado con la revolucion de que ha nacido por azar: esta, obrando de la manera que la vemos obrar, está en contradiccion con sus principios, no parece viable porque se halla parapetado en un trono; pero que dure solo algunos años esta revolucion, y el pasado y el porvenir cambiarán los dados que quedan por salir. Los hombres hechos mueren ó no ven las cosas como las veian; los adolescentes llegan á la edad de la razon; las generaciones nuevas reemplazan á las generaciones corrompidas; los lienzos que han cubierto las llagas de un hospital, echados á un gran río, no ensucian mas que la ola que pasa sobre estas corrupciones: detrás y en la superficie, la corriente conserva ó recobra su limpidez.

Julio, libre en su origen, no ha producido mas que una monarquía esclava, pero llegará el tiempo en que, desembrado de su corona, sufrirá las transformaciones que son la ley de los seres; entonces vivirá en una atmósfera apropiada á su naturaleza.

El error del partido republicano, la ilusion del partido legitimista son deplorables, y van mas allá de la democracia y del reinado: el primero cree que la violencia es el único medio de triunfo; el segundo que el pasado es el único puesto de salvacion. Pero hay una ley moral que regula la sociedad, una legitimidad general que domina á la legitimidad particular. Esta gran ley y esta gran legitimidad son el goce de

los derechos naturales del hombre, limitados por los deberes, porque el deber es el que crea el derecho, y no el derecho el que crea el deber; las pasiones y los vicios os relegan á la clase de los esclavos. La legitimidad general no habría tenido ningun obstáculo que vencer si hubiese respetado, como proveniente de un mismo principio, la legitimidad particular.

Por lo demás, una observacion bastará para hacernos comprender el admirable y magestuoso poder de la familia de nuestros antiguos soberanos: lo he dicho ya y jamás lo repetiré bastante; con el trono francés caerán todos los tronos.

En efecto, la idea monárquica desaparece en el mismo momento en que falta el monarca; no se halla en torno de uno mas que la idea democrática. Mi jóven rey se llevará entre sus brazos la monarquía del mundo. Es un gran fin.

Quando yo escribia todo esto sobre lo que podría ser en el porvenir la revolucion de 1830, apenas podía defenderme de un instinto que hablaba contradictoriamente á mi razon. Yo tomaba este instinto por el movimiento de mi desagrado contra las turbulencias de julio; yo desconfiaba de mí mismo, y mi imparcialidad demasiado leal me hizo exagerar quizá las consecuencias de los tres dias. Pero han pasado diez años desde la caida de Carlos X; y ¿acaso se ha afirmado la monarquía de julio; acaso ha asegurado la Francia sus derechos, acaso ha aumentado su gloria? Estamos ahora á principios de diciembre de 1840: ¿á qué grado de abatimiento ha descendido la Francia! Si yo pudiese experimentar algun placer en la humillacion de un gobierno francés, tendria cierto orgullo al volver á leer en el *Congreso de Verona* mi correspondencia con Mr. Cannig: ciertamente que no es como la de que se acaba de dar conocimiento á la cámara de Diputados. ¿De dónde proviene la falta? ¿Del príncipe elector? ¿De la impericia de sus ministros, ó de la misma nacion, cuyo carácter y genio parecen gastados? Nuestras ideas son progresivas; pero, ¿apoyan estas ideas las costumbres? No seria extraño que un pueblo de catorce siglos, que ha terminado esta larga carrera por una explosion de milagros, hubiese llegado al término de su existencia. Si llegais á leer hasta el fin estas *Memorias*, vereis que, haciendo justicia á todo lo que me ha parecido bueno, á las diversas épocas de nuestra historia; pienso que, en último resultado, una sociedad vieja perece.

Nota. Paris 5 de diciembre de 1840.

FIN DE MI CARRERA POLÍTICA.

Aquí termina mi carrera política. Con ella debía cerrar mis *Memorias*, no quedándome ya otra cosa que hacer que resumir las experiencias de mi vida. Tres catástrofes han señalado las tres partes de ella que preceden: he visto morir á Luis XVI durante mi carrera de viajero y de soldado; á la terminacion de mi carrera literaria ha desaparecido Bonaparte; la caida de Carlos X cierra mi carrera política.

He fijado la época de una revolucion en la literatura, y aun he formulado en política los principios del gobierno representativo: creo que mi correspondencia diplomática vale tanto como mis composiciones literarias. Es posible que ni las unas ni las otras valgan nada; pero es seguro que son equivalentes.

Mis escritos y mis discursos en la cámara de los Pares me han hecho ejercer tal influencia en Francia, que primero hice entrar á Mr. de Villele en el ministerio, y despues, habiéndose hecho mi enemi-

singular de esos antiguos tiempos: os envié su billete á causa de lo inesperado y de la sorpresa. Ese personaje, á quien nunca había visto, se halla plantando pinos en las montañas del territorio de Lyon. Mucha distancia hay de esto á la calle de *Feydeau* y á la casa en venta: ¿cómo cambian los papeles sobre la tierra!

»Jacinto me ha enviado los lamentos y artículos de periódicos: no valgo tanto. Bien sabeis que creo eso sinceramente de las veinte y cuatro horas las veinte y tres: la hora vigésima cuarta se halla consagrada á la vanidad; pero no tiene donde arraigarse, y pasa pronto. No he querido ver á nadie aquí. Mr. Thiers, que se dirigía al Mediodía, ha forzado mi puerta.»

*Billete incluido en esta carta.*

»Un vecino, compatriota vuestro, que no tiene otro título hácia vos mas que una profunda admiracion á vuestro gran talento y á vuestro admirable carácter, desearia tener el honor de veros y presentaros el homenaje de su respeto. Ese vecino de cuarto en la casa, ese compatriota se llama *Elleviou*.»

*A Mad. Recamier.*

»Lyon, domingo 22 de mayo.

»Mañana salimos para Ginebra, en donde hallaré otros recuerdos vuestros. ¿Volveré á ver la Francia despues que haya pasado la frontera? Si, si vos quereis; es decir, si permanecéis en ella. No deseo los sucesos que pudieran ofrecerme otra probabilidad de regreso: jamás haré entrar las desgracias de mi país en el número de mis esperanzas. Os escribiré el martes 24 desde Ginebra. ¿Cuándo volveré á ver vuestra menuda letra, hermana menor de la mía?»

»Ginebra, martes 24 de mayo.

»Habiendo llegado aquí ayer, andamos en busca de casa. Es probable que nos acomodemos en un pequeño pabellón á orillas del lago. No puedo expresaros lo triste que estoy al ocuparme de estos arreglos. ¿Todavía otro porvenir, volver á principiar de nuevo una vida cuando yo creía haber concluido. Pienso escribiros una larga carta cuando esté mas descansado: temo ese reposo, porque entonces veré sin distraccion esos años oscuros en que entro con el corazón oprimido.»

*A Mad Recamier..*

»9 de junio de 1851.

»Ya sabeis que se ha establecido una secta reformada entre los protestantes. Uno de los nuevos pastores de esta nueva Iglesia ha venido á verme, y me ha escrito dos cartas dignas de los primeros apóstoles. Quiere convertirme á su fe y yo hacer de él un *papista*. Disputamos como en los tiempos de Calvino, pero amándonos como hermanos en Cristo y sin quemarnos. No desespero de su salvacion, pues no sabe qué contestar á mis argumentos en favor de los papas. No os podeis imaginar el grado de exaltacion á que ha llegado y es admirable su candor. Si llegais vos acompañada de mi antiguo amigo Ballanche, haremos prodigios. En uno de los diarios de Ginebra se anuncia una obra de controversia protestante, y se invita á los autores á que se mantengan firmes, porque se hallaba preparado aquí el autor de *El Genio del Cristianismo*.

»Es consolador en cierto modo hallar una peque-

ña república libre, administrada por los hombres mas distinguidos, y en que las ideas religiosas son la base de la libertad y la principal ocupacion de la vida.

»He almorzado en casa de Mr. de Constant, al lado de Mad. Necker, sorda por desgracia, pero mujer, como pocas, de la mayor distincion: no hemos hablado mas que de vos. Había recibido yo vuestra carta y manifesté á Mr. de Sismondi cuanto amable decís de él. Ya veis que tomo vuestras lecciones.

»Al fin, allá van versos. Sois mi estrella y os aguardo para ir á esa isla encantada.

»Delfina casada, ¡oh musas! Ya os dije en mi última carta por qué no podía escribir ni sobre la cámara de los Pares ni sobre la guerra: atacaría á un cuerpo indigno de que he formado parte, y predicaría el honor á quien no lo tiene ya.

»Se necesita un marino para leer los versos y comprenderlos. Me recomiendo á Mr. Lenormant. Vuestra inteligencia bastará para las tres últimas estrofas, y la palabra del enigma se halla al pié.»

*El naufrago.*

»¡Deshecho del aquilon, encallado en la arena, viejo barco estropeado cuya suerte tocaba á su término, y que la muerte implacable, cual rudo carpintero, iba á hacer pedazos en el puerto!

»Bajo el abandonado puente solo un guardian habita: en otro tiempo le viste sobre tu castillo de proa, impaciente por hallar escollos y arrastrar súbitas tormentas, silbando para amotinar el viento.

»Unas veces sobre tu bauprés, cual ginete intrépido; reía cuando brincabas hundiendo la cabeza en las olas; otras, desde lo alto del mástil veloz, gritaba á los marineros: ¡tierra!

»Ahora, retirado en la carena gastada, con la tez curtida, la cabeza cana, la mano embreada y los ojos garzos, el reloj de arena casi vacío y la brújula rota, se parece al ermitaño de los mares.

»Pensábais desfallecer amarrados á la orilla, viejo barco y viejo nauclero, y ambos á dos os engañais: el huracan os sorpende y os arrastra en driva silbando sobre las olas negras y azules.

»Cortada vuestra carrera en el primer arrecife, se detendrá, y súbitamente se abrirán vuestros costados. ¡Zozobrais! ¡Esto es hecho! Y vuestra áncora descantillada se escurre y trabaja en vano el fondo.

»Ese barco es mi vida, y ese nauclero yo mismo. ¡Me he salvado! Mis dias han sido arrancados al mar: un astro me ha mostrado su luz, que yo amo, cuando los demás se han ocultado.

»Esa estrella de la tarde que disipa la tempestad y tan bien lleva el nombre de la belleza, conducirá mi naufragio sobre el abismo tranquilo á alguna playa encantada.

»Hasta mi último punto, ¡oh dulce y encantadora estrella! seguiré tus rayos nuevos siempre y puros; y cuando ceses de lucir sobre mis velas, brillarás sobre mi tumba.»

*A Mad. Recamier.*

»Ginebra, 18 de junio de 1851.

»Habeis recibido todas mis cartas, y aguardo incesantemente algunas palabras vuestras: bien veo que nada tendré, pero me sorprende siempre cuando el correo no me trae mas que los periódicos. Nadie en el mundo me escribe sino vos; nadie se acuerda de mí mas que vos, y eso es para mí un grande encanto. Amo vuestra carta solitaria, que no llega á mí como llegaba en los tiempos de mis grandezas, entre paquetes de despachos y entre todas esas cartas de cariño, admiracion y hajeas que desaparecen con la fortuna. Despues de vuestras breves cartas veré vuestra linda

persona, si no voy yo á reunirme con ella. Seréis mi albacea testamentario; vendereis mi pobre retiro, y el precio os servirá para viajar hácia el sol. En este momento hace un tiempo admirable: desde donde os escribo diviso el monte Blanco en todo su esplendor; desde lo alto del monte Blanco se vé el Apenino: me parece que no me faltan mas que tres pasos para llegar á Roma, donde iremos, porque todo se arreglará en Francia.

»No faltaba á nuestra gloriosa patria para pasar por todas las miserias sino tener un gobierno de cobardes: ya lo tiene, y su juventud va á sumergirse en la doctrina, la literatura y la disipacion, segun el carácter particular de los individuos. Queda el capítulo de los accidentes; pero cuando se arrastra uno, como yo lo hago, por el camino de la vida, el accidente mas probable es el término del viaje.

»No trabajo, ni puede hacer nada: me fastidio: esa es mi naturaleza, y estoy como el pez en el agua: con todo, si el agua fuese menos profunda, quizá estaria mejor.»

## DIARIO

DESDE EL 12 DE JULIO AL 1.º DE SETIEMBRE DE 1851.

DEPENDIENTES DE MR. DE LAPANOUZE.—LORD BYRON.—  
FERNEY Y VOLTAIRE.

Paquis, cerca de Ginebra.

Me hallo establecido en Paquis con Mad. de Chateaubriand, y he hecho conocimiento con Mr. Rigaud, primer síndico de Ginebra; mas arriba de su casa, á orillas del lago, subiendo el camino de Lausana, se encuentra la posesion de dos dependientes de Mr. de Lapanouze, que han gastado un millon quinientos mil francos en su construccion y en plantar sus jardines. Cuando paso á pié por delante de su morada miro á la Providencia, que en ellos y en mí ha puesto en Ginebra testigos de la restauracion. ¡Qué tonto! ¡Qué tonto soy! Mr. de Lapanouze la echaba de realista y de pobre conmigo: véase á donde han llegado sus dependientes por haber favorecido la conversion de las rentas que yo tenía la honradez de combatir, y por lo que fui derribado. Ahí están esos señores que llegan en su elegante tilbury con el sombrero sobre la oreja, mientras que yo tengo que echarme en un barranco para que la rueda no se lleve un faldon de mi vieja levita. Y sin embargo, yo he sido par de Francia, ministro, embajador y tengo en una caja de carton todas las principales órdenes de la cristiandad, incluidas las del Espiritu-Santo y del Toison. Si los dependientes del señor César de Lapanouze, millonarios, quisieran comprarme mi caja de cintas para sus mujeres; me harian un singular favor.

Sin embargo, no es todo rosas todavía para los señores B...: aun no son nobles ginebrinos; es decir, que no están todavía en la segunda generacion; que su madre habita en lo bajo de la ciudad, y no ha subido al barrio de San Pedro, que es el de Saint-Germain de Ginebra; pero con la ayuda de Dios tras del dinero vendrá la nobleza.

En 1805 fue cuando vi por primera vez á Ginebra. Si hubiesen trascurrido dos mil años entre las dos épocas de mis dos viajes, ¿estarian mas separadas una de otra de lo que lo están? Ginebra pertenecia á la Francia: Bonaparte brillaba en toda su gloria: Mad. de Stael en toda la suya: nadie hablaba de los Borbones, como si nunca hubiesen existido, y Bonaparte, Mad. de Stael y los Borbones, ¿qué ha sido de ellos? ¡Y yo todavía estoy aquí!

Mr. de Constant, primo de Benjamin Constant, y la señorita de Constant, soltera anciana, llena de ingenio, virtud y talento, habitan su cabaña de Sonterre á orillas del Ródano, cuyo punto está dominado por otra casa de campo que fue en otro tiempo de Mr. de Constant: vendióla este á la princesa Belgiojoso, desterrada milanese á quien vi pasar como una pálida flor entre la fiesta que di en Roma á la gran duquesa Elena.

Durante mis paseos por agua un anciano barquero me refiere lo que hacia lord Byron, cuya morada se divisa sobre la orilla saboyana del lago. El noble par aguardaba á que se levantase una tempestad para navegar: desde el borde de la barca se arrojaba al agua, y se encaminaba nadando á las prisiones feudales de Bonivar: era siempre el actor y el poeta. Yo no soy tan original: tambien me gustan las tempestades, pero mis amores con ellas son secretos, y nunca los confío á los barqueros.

Detrás de Ferney he descubierto un reducido valle por donde corre un arroyo de siete á ocho pulgadas de profundidad: ese arroyo baña las raíces de algunos sauces, se oculta aquí y acullá bajo capas de berros, y hace temblar juncos sobre cuyas puntas se mecen insectos de alas azules. ¿El hombre de las trompetas llegó á ver este asilo del silencio casi contiguo á su ruidosa casa? No, indudablemente: pues bien, el agua está allí y huye todavía: ignoro su nombre, ó quizá no le tenga: los días de Voltaire han pasado: únicamente su fama hace un poco de ruido en un pequeño rincón de nuestra pequeña tierra como aquel arroyo se hace oír á una docena de pasos de sus orillas.

Diferimos unos y otros: á mí me encanta aquel desierto arroyuelo: á la vista de los Alpes, un puñado de helecho que coja me enajena: el murmullo de una ola entre guijarros me hace feliz: un insecto imperceptible, que acaso nadie mas que yo verá y que se interna entre el musgo lo mismo que en una vasta soledad, excita mi atencion y me hace meditar. Estas son miserias íntimas desconocidas del gran genio que cerca de aquí, disfrazado de Orosman, representaba sus tragedias, escribia á los príncipes de la tierra, y obligaba á la Europa á que viniese á admirarle en la aldea de Ferney. ¿Pero no era eso miserias tambien? La transicion del mundo no vale el paso de esas olas, y en cuanto á los reyes, quiero mejor mi hormiga.

Una cosa me admira siempre que pienso en Voltaire: con un talento superior, racionador é ilustrado, permaneció completamente extraño al cristianismo: nunca vió lo que todos ven; que el establecimiento del Evangelio, considerado solo bajo el aspecto humano, ha sido la mayor revolucion que se ha efectuado en la tierra. Verdad es que en el siglo de Voltaire á nadie se le ocurrió esa idea. Los teólogos defendian el cristianismo como un hecho consumado, como una verdad fundada en las leyes emanadas de la autoridad espiritual y temporal: los filósofos la atacaban como un abuso introducido por los curas y los reyes: nadie iba mas allá. No dudó que si hubiesen podido presentar de repente á Voltaire el otro lado de la cuestion, hubiera hecho mella en su inteligencia lúcida y pronta: se avergüenza uno de la manera mezquina y limitada con que trataba un asunto que abarca nada menos que la transformacion de los pueblos, la introduccion de la moral, un principio nuevo de sociedad, otro derecho de gentes, otro orden de ideas, el cambio total de la humanidad. Por desgracia el gran escritor que se pierde difundiendo ideas funestas arrastra en su caída muchos talentos de no tanta extension: se asemeja á esos antiguos déspotas de Oriente, sobre cuya tumba se inmolaban esclavos.

Allí, á Ferney, en donde ya no entra nadie; á ese Ferney, á cuyo alrededor voy á pasearme solo,

No debo callarme acerca de una restauracion, en la que he tomado tanta parte, á la que ultrajan casi diariamente y proscriben á mis propios ojos. En la edad media, en tiempo de calamidades, se cogia á un religioso y se le encerraba en una torre, en donde ayunaba á pan y agua por la salud del pueblo. Yo no me asemejo mal á ese monge del siglo xviii: al través de los hierros de mi calabozo expiatorio he predicado mi último sermón á los transeúntes. Véase el epitome de ese sermón que pronuncié en mi último discurso en la tribuna de la cámara de los Pares. La monarquía de julio se halla en una condicion absoluta de gloria ó de leyes excepcionales, vive por la prensa, y la prensa la mata; sin gloria, será devorada por la libertad; si ataca esa libertad, perece. Tendria que ver, despues de haber sido expulsados tres reyes con barricadas por la libertad de la prensa, levantar nuevas barricadas contra esta libertad. ¿Y qué se habrá de hacer, sin embargo? ¿Bastará la accion repetida de los tribunales y de las leyes para contener á los escritores? Un gobierno nuevo es un niño que no puede caminar sino con andadores. ¿Pondremos de nuevo á la nacion en pañales? Esa terrible criatura, que ha mamado la sangre en los brazos de la victoria en tantos vivaques, ¿no desgarrará sus mantillas? No habia mas que una vieja cepa, profundamente arraigada en lo pasado, que pudiese ser azotada impunemente por los vientos de la libertad de la prensa.

»Al oír las declamaciones de ahora parece que los desterrados de Edimburgo son los mas insignificantes compañeros del mundo, y no hacen falta en parte alguna. No falta hoy á lo presente mas que lo pasado. ¡es poca cosa! ¡Como si los siglos no se sirviesen de base unos á otros, y el último que llega pudiera tenerse en el aire! Por mas que nuestra vanidad quiera borrar recuerdos, arrancar las flores de lís, proscribir los nombres y las personas, esa familia, heredera de mil años, ha dejado con su retirada un vacío inmenso: por todas partes se hace sentir. Esos individuos tan pequeños á nuestros ojos, han conmovido á la Europa en su caída. Por poco que los sucesos produzcan sus efectos naturales, y traigan sus rigorosas consecuencias, Carlos X, al abdicar, habrá hecho abdicar consigo á todos esos reyes góticos, grandes vasallos de lo pasado, bajo la soberanía de los Capetos.

»Caminamos á una revolucion general. Si la transformacion que se efectúa sigue su pendiente, y no tropieza con ningun obstáculo; si la razon popular continúa su desarrollo progresivo; si la educacion de las clases intermedias no sufre interrupcion, las naciones se nivelarán en una libertad igual: si esa transformacion llega á ser contenida, las naciones se nivelarán en un despotismo igual. Ese despotismo durará poco, á causa de la edad avanzada de las luces; pero será rudo, y seguirá á él una larga disolucion social.

»Preocupado yo con estas ideas, fácilmente se conocerá por qué he debido permanecer fiel, como individuo á lo que me parecia la mejor garantía de las libertades públicas, el camino menos peligroso para llegar al complemento de esas libertades.

»No es que pretenda ser un predicador lloron de política sentimental, un repetidor de penacho blanco y de lugares comunes á lo Enrique IV. Al recorrer con la vista el espacio que separa la torre del Temple del castillo de Edimburgo, hallaria sin duda tantas calamidades hacinadas como siglos hay acumulados sobre una noble raza. Una mujer de dolor ha tenido que sufrir la carga mas pesada, como la mas fuerte: no hay corazón que no se destrozó á su recuerdo: sus sufrimientos han llegado á tal punto, que han venido á ser una de las grandezas de la revolucion. Pero, en fin, nadie está obligado á ser rey. La Providencia envia las aflicciones privadas á quien quiere, breves

siempre porque la vida es corta; y esas aflicciones no están contadas en los destinos generales de los pueblos.

»Pero que la proposicion que destierra para siempre á la familia destronada del territorio francés sea un corolario del destronamiento de esa familia, ese corolario no me da la conviccion. En vano buscara mi puesto en las diversas categorías de personas que se han afiliado al actual orden de cosas.

»Hay hombres que despues de haber prestado juramento á la república, una é indivisible, al directorio en cinco personas, al consulado en tres, al imperio en una sola, á la primera restauracion, al acta adicional, á las constituciones del imperio y á la segunda restauracion, tienen todavía algo que prestar: yo no soy tan rico.

»Hay hombres que han arrojado su palabra en la plaza de Grève, en julio, como aquellos pastores romanos que jugaban á *pares* y *nones* entre las ruinas, y tratan de necio y tonto al que no reduce la política á intereses privados: yo soy necio y tonto.

»Hay miedosos que bien hubieran querido no jurar; pero que se veían ya degollados ellos, sus abuelos, hijos y todos los propietarios si no tartamudeaban un juramento: este es un efecto físico que todavía no he sentido; aguardaré el achaque, y si sobreviene, ya verá lo que he de hacer.

»Hay grandes señores del imperio unidos á sus pensiones por lazos sagrados é insolubles, cualquiera que sea la mano de que las reciben; una pension es á sus ojos un sacramento que imprime carácter, como el sacerdocio y el matrimonio; toda cabeza pensionada no puede cesar de estarlo; habiendo quedado las pensiones á cargo del tesoro, permanecen á cargo del mismo tesoro; yo tengo el hábito de divorciarme con la fortuna; demasiado viejo para ella, la dejo por temor de que ella me deje á mí.

»Hay altos varones del trono y del altar que no han hecho traicion á las ordenanzas, ¡no! pero la insuficiencia de los medios empleados para poner en ejecucion esas ordenanzas ha irritado su bilis, é indignados de que no se haya entronizado el despotismo, han ido á buscar otra antecámara: me es imposible compartir su indignacion ni su morada.

»Hay personas de conciencia que no son perjuros mas que por ser perjuros, que, cediendo á la fuerza, no por eso están menos por el derecho: lloran sobre la suerte de ese pobre Carlos X, á quien arrastraron primero á su perdicion con sus consejos, y condenaron despues á muerte con su juramento; pero si alguna vez aquel ó su raza resucita, serán rayos de legitimidad: yo he sido siempre adicto á la muerte, y sigo el convoy fúnebre de la antigua monarquía, como el perro del pobre.

»Finalmente, hay caballeros leales que tienen en sus bolsillos dispensas de honor y permisos de infidelidad: yo no los tengo.

»Yo era el hombre de la restauracion *posible*, de la restauracion con toda especie de libertades. Esa restauracion me miró como á enemigo, y se ha perdido: yo debo sufrir su suerte. Iré á asociar los pocos años que me quedan á una nueva fortuna, como esas colas de vestido que las mujeres arrastran por el salon de la corte, y sobre las que todo el mundo puede marchar? A la cabeza de las jóvenes generaciones, sería yo sospechoso, y detrás de ellas no es mi puesto. Conozco muy bien que ninguna de mis facultades ha envejecido; comprendo mi siglo mejor que nunca; penetro en el porvenir mas osadamente que nadie; pero la fatalidad ha decidido: acabar la vida á tiempo es condicion necesaria en el hombre público.»